

Reflexión-Meditación

ante el terremoto de El Salvador

Para quien lea estas páginas, para quien vea con sus propios ojos la catástrofe y sobre todo para quien la sufre, la pregunta obligada es: qué dice este terremoto y qué nos dice este terremoto. Aunque habrá que analizar mucho más en detalle todas sus implicaciones económicas, sociales, políticas, militares y religiosas, éstas son unas primeras respuestas.

En primer lugar el terremoto, como cualquier otro acontecimiento importante en el país, muestra la realidad de la pobreza y la marginación de los pobres. La gran mayoría de las víctimas son pobres y han muerto por ser pobres, es decir, por habitar en champas, casas de bahareque que construyen de prisa y sin medios, con una lejana conciencia de que se les puede caer en un terremoto, aunque con la esperanza de que no ocurra. Un terremoto, como ocurrió muy claramente también en Guatemala, redescubre la geografía de la pobreza, saca a

luz la ignorada y ocultada verdad de que la mayoría de la población vive en condiciones inhumanas. Quizás este terremoto tenga la trágica ventaja de recordar que en San Salvador y sus alrededores más de las dos terceras partes de la población son pobres y viven en casas pobres. Si la guerra ha publicitado más a los refugios y reubicaciones como sus consecuencias, el terremoto ha vuelto a sacar a luz sus causas: la pobreza de los que viven en champas, mesones y barrancas.

Estos pobres, también durante el terremoto y sobre todo después, son los más marginados. Aunque es comprensible que los medios de comunicación se centren en los casos más trágicos y espectaculares, como el soterramiento de muchísima gente en el edificio Rubén Darío, los pobres son marginados en la información y en la ayuda. A ellos les llega ahora con más dificultad y en el futuro será más

difícil para ellos. Esta es pues la primera conclusión. El terremoto ha empobrecido estructuralmente al país y a los más pobres del país. Pero también, por unos días, ha vuelto a sacar a luz la realidad más radical del país: la injusta pobreza.

En segundo lugar el terremoto muestra la imperiosa necesidad del diálogo como solución política al conflicto. Si ya era urgente antes del terremoto, más lo es ahora cuando al medio millón de desplazados internos se suman 200.000 damnificados y a la destrucción provocada por la guerra se suma la pérdida de dos mil millones de dólares. Una guerra continuada hacía muy sombrío el panorama de vida en el año dos mil; el terremoto lo hace completamente oscuro.

Si este terremoto no es capaz de hacer superar las dificultades para el diálogo y el llevarlo con seriedad, la pregunta es qué será capaz de hacerlo y qué futuro espera al país. Ni cálculos políticos, ni prestigio, ni seguridad, ni atribuciones constitucionales a la fuerza armada, ni vetos militares, ni los deseos de Estados Unidos pueden ser impedimento para el diálogo.

El terremoto indudablemente

te será utilizado políticamente, pero sería terrible que se politizase para continuar la guerra.

En este punto, y es gran mérito haberlo recalcado, los obispos de San Salvador son clarividentes. Si se leen juntos los dos mensajes la conclusión es clara. El primer mensaje de toda la Conferencia Episcopal señala las realidades más flagrantes del país y las concentra en lo negativo: la guerra, la crisis económica y la crisis moral. Aunque pesimista y sombrío el mensaje es objetivo e imparcial; no se detiene, como en el anterior del 6 de agosto de 1985, en cuestiones de legitimidad ni muestra favoritismo gubernamental. Pero en su laconismo es certero: el país está en una gran tragedia. El segundo mensaje sigue recordando que la gran tragedia sigue siendo la guerra, que a ella hay que poner fin, que sin ello ni la superación del terremoto será posible ni la reconstrucción del país.

Para una conciencia cristiana el diálogo es hoy un signo de los tiempos, es clara voluntad de Dios. El terremoto, de forma trágica, no hace sino reforzar esa conciencia. Es una forma muy dolorosa de repetir lo que piden la mayoría

de los salvadoreños: no a la guerra, sí a la paz.

Esto es lo que dice el terremoto pero hay que preguntarse también qué nos dice, qué exigencias concretas nos pone a todos los salvadoreños y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad en todo el mundo. La respuesta es clara: ayuda y solidaridad. Algo de ayuda ha llegado pero claramente es insuficiente. Cinco días después del terremoto las palabras que más se escuchan son: ¡no hay! En muchas zonas damnificadas no hay medicinas, no hay agua, no hay tiendas de campaña. Y cinco semanas y cinco meses después la ayuda será todavía más necesaria. Se puede vivir en estado de emergencia unos días pero no meses y años. Hay que reconstruir miles de casas, colegios, hospitales, etc. La ayuda de emergencia tiene que convertirse en solidaridad, en ayuda permanente y comprometida.

Esta ayuda que se nos exige es también oferta de salvación. En un mundo deshumanizado, opresor de los países pobres y pequeños, que hace de estos países escenarios de guerra para defender sus intereses, es difícil ser cristiano y ser simplemente un ser humano. La solidaridad en el sufrimiento, ahora en el terremoto, ofrece

la posibilidad de reparar tantos males como se le infligen al tercer mundo, de recobrar la dignidad perdida al incorporarse -aunque sea un poco y de lejos- a su sufrimiento, de sentir el perdón de los pobres y oprimidos por tanto pecado de injusticia y de indiferencia.

Ayudar a El Salvador es realizar un poco la utopía de un mundo realmente distinto, más fraterno y solidario; es poner, para el creyente, aquellos signos del reino de Dios que mantienen la esperanza de los pobres.

Por último, ante el terremoto tampoco puede obviarse la pregunta para la fe: ¿Quién es nuestro Dios? ¿Qué es de este Dios de vida en presencia de tanta muerte? La mayoría de los salvadoreños han pensado en Dios durante el terremoto. Le han rezado, han orado por sus muertos y le han agradecido por estar vivos. Dios ha estado presente en el terremoto. Pero ha estado presente también por su silencio y no hay que precipitarse en forzar una palabra de Dios.

Hay que tomar en serio el silencio de Dios en tanta muerte inocente y en tanta muerte de los pobres. Este silencio puede llevar indudablemente al cuestionamiento de Dios, pero puede llevar también al

lugar en el que verdaderamente se escucha su palabra, al verdadero lugar de la fe. No es ninguna verdad filosófica, pero sí cristiana, que Dios está en los pobres, en los que sufren; hoy, en los que no tienen que comer ni que beber, en los que no tienen techo ni casa. Dios está en la cruz de Jesús y en las cruces de la historia, las causadas por catástrofes naturales y las causadas por el pecado histórico, por la injusticia y la opresión. Esto se podrá aceptar o no aceptar, pero si se acepta en la fe, el mismo Dios nos dice a dónde tenemos que volvernos para encontrarle, dónde escucharemos su palabra sobre lo que hay que hacer, dónde -incluso- encontraremos esperanza en medio de la desolación.

En las víctimas del terremoto y de la guerra está Dios. Desde ahí conoceremos mejor la realidad del país, pues en esos pobres hay luz; y desde ahí sacaremos fuerzas para caminar hacia adelante, pues en esa debilidad está la fuerza de Dios. La fe cristiana no pretende saberlo todo ni

esclarecerlo todo. No tiene respuesta nocional a la pregunta del sufrimiento, pero tiene una respuesta operativa; y la formula con la mayor radicalidad posible: en los que sufren está el mismo Dios. No es cuestión de entender sino de decidirse: quien hoy va a los damnificados puede encontrarse con Dios; y si se encuentra, a una, con los pobres y Dios sabrá qué hacer, cómo transformar el dolor en entrega, la confusión en creatividad, la muerte en vida.

A los creyentes se nos pide hoy lo que decía el profeta Miqueas: "Se te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno y lo que el Señor desea de ti: que practiques el derecho y ames la justicia, y que camines humildemente con Dios".

En estos momentos queda muy claro lo primero: hay que hacer todo lo posible por reconstruir El Salvador. Y queda claro para la fe, a modo de invitación, lo segundo: seguir caminando en esta historia con humildad, participando en el sufrimiento de los pobres y así seguir caminando con Dios.

